

Arnoldo Mora Rodríguez

La mala fe de los científicos

Abstract. *This essay is a denunciation of the scientists who supply modern armies with the most advanced technology obtained from their own research, as well as an argument in favor of the scientific research separate from imperialist intentions and on behalf of world peace.*

Key words: science, bad faith, peace.

Resumen. *Este ensayo es, tanto una denuncia en contra de los científicos que proveen a los ejércitos modernos la más avanzada tecnología gracias a sus investigaciones, como un alegato en favor de una investigación científica desligada de proyectos imperialistas y en favor de la paz.*

Palabras clave: ciencia, mala fe, paz.

La reciente invasión a un Estado soberano miembro de la Comunidad de Naciones Unidas, como es la República de Irak, por parte de una coalición de Estados occidentales de larga tradición imperialista, como son los Estados Unidos, máxima potencia imperial de la historia, el Reino Unido, cuyo imperio fue el más grande y poderoso durante el siglo XIX, España, forjadora en el siglo XVI del primer gran imperio de la Edad Moderna, y de Italia cuna del Imperio Romano que ha servido de modelo histórico a todos los imperialismos de Occidente, no solo ha hecho añicos el derecho internacional, sino que ha vuelto a los métodos propios de las guerras de rapiña de corte colonial. Se da luego del derrumbe fulminante del campo socialista en Europa del Este, acabada la Guerra Fría que había tenido al borde del holocausto nuclear a la humanidad durante la segunda mitad del siglo XX.

Desaparecía la división bipolar del mundo, pero no por ello la humanidad se unió más fraternalmente, ni la paz se hizo realidad entre los pueblos de la tierra. Todo lo contrario, el mundo se dividió en bloques de mercado y las guerras de religiones y de origen étnico-cultural se intensificaron, la amenaza de conflictos mayores se hizo presente debido a la prepotencia del Gobierno norteamericano, única superpotencia actual.

Occidente se divide en dos grandes bloques de mercado: la Unión Europea y los Estados Unidos. Por su parte, en Oriente mientras decae o simplemente tocan techo las pujantes economías del Japón y de los Siete Tigres Asiáticos, crece de manera exponencial la República Popular de China, que muy pronto será una gran potencia económica, del mismo modo que ya lo es en lo político y en lo militar.

Pero estos bloques de mercado se rigen por una economía de mercado muy ortodoxa, dentro de un marco ideológico inspirado en una concepción de la economía según un capitalismo monetarista neoliberal, por lo que se rige por el principio establecido por Adam Smith, según el cual la “libertad de empresa” como motor de las relaciones capitalistas de producción, en la práctica se convierten en “libre competencia”, donde la palabra “competencia” no es más que un eufemismo por “guerra”.

Por ende, no es cierto que asistimos al “fin de la historia” predicho por Hegel, como afirma Fukuyama, sino a otras formas de historia: una guerra interoccidental. El mismo concepto de guerra cambia, pues al pretender ser el gobierno norteamericano un imperio único y absolutamente planetario, solo acepta ser el Estado en sentido fuerte y sus fuerzas armadas el único

ejército que gobierne el mundo, siendo las demás fuerzas armadas tan solo cuerpos de policía. No habría así más ley que la que ellos establezcan, por lo que el derecho internacional se vuelve innecesario cuando no se le mira como un obstáculo indeseable.

Los derechos humanos y ecológicos solo son aceptables en la interpretación oficial por parte de Washington, de modo que solo se consideran violatorios de los mismos y, por ende, susceptibles de represalias que incluyen la declaratoria de guerra si es del caso, aquellos países que el gobierno norteamericano decide por sí y ante sí. El mundo es visto como una aldea, o como una provincia regida desde Washington y las Naciones Unidas solo son consideradas como una instancia humanitaria o diplomática.

Como se ve, la violencia sigue siendo “la partera de la historia”, como dijera con realismo Marx, nada más que esta vez el factor ideológico no es determinante, sino el control de las fuentes de energía como base del dominio del mercado mundial. Detrás de la invasión a Irak lo que hay es una guerra colonial de rapiña en la que las potencias invasoras encabezadas por los Estados Unidos, pretenden apropiarse de los yacimientos de petróleo y las reservas de gas de la región para así tener una ventaja sobre la Unión Europea.

Esta, encabezada por los países más poderosos, Francia y Alemania, se opone a la guerra argumentando razones y principios del derecho internacional y dando, para su salvaguarda, un papel protagónico a las Naciones Unidas. Resultado de estos trágicos acontecimientos es que hoy la paz del mundo está más lejos que nunca, las amenazas de destrucción planetaria son cada vez más ominosas y cercanas, a pesar de las masivas protestas que se escenifican en lugares públicos de todos los rincones del planeta.

También los universitarios, profesores y estudiantes, una vez más, han estado al frente de muchas de esas manifestaciones y, en no pocos casos, son víctimas de la represión policial o del ostracismo de los grandes medios de comunicación.

Sin embargo, a fuer de sinceros, hemos de reconocer que se trata de personas o de grupos organizados pero no de las instituciones como tales. En estos casos, el silencio oficial de las grandes universidades e institutos de investigación del

mundo occidental debe verse como una verdadera complicidad. Esta situación evoca la frase de Shakespeare en *Hamlet*: “Algo huele a podrido en Dinamarca”. Esta vergonzante actitud se debe a los vínculos económicos que no pocos de los grandes institutos de investigación, universidades e institutos tecnológicos, tienen con los grandes centros de poder imperial.

Las grandes potencias pueden impunemente invadir países pobres, o disputarse entre sí los mercados y fuentes de materia prima, gracias a su superioridad tecnológica. Es la tecnología de punta la que se exhibe impudicamente en esas guerras genocidas. Gran parte del “progreso” en el campo de la ciencia y de la tecnología se da debido a su ligamen con los intereses del complejo militar industrial que es el poder detrás y, a veces, delante del trono.

Pero en todos esos grandes centros de investigación junto a los más sofisticados laboratorios, se encuentran seres humanos concretos, con nombres y apellidos. Es allí donde cabe sentar una responsabilidad ética que no se puede soslayar. Es allí donde cabe una enorme responsabilidad ante los ojos del mundo entero de los científicos y sus instituciones y no solo, como se suele hacer, de los políticos. Estos no tendrían el poder sin la superioridad tecnológica en el campo militar. Pero esta no se daría si detrás no hubiera importantes organizaciones universitarias e institutos tecnológicos con una legión de científicos, de cuyos cerebros salen los modelos que servirán para la fabricación de los más complejos artefactos bélicos y las estrategias que servirán para obtener los resultados económicos y políticos apetecidos.

Frente a esta ominosa realidad, no cabe alegar ignorancia ni neutralidad. Es aquí donde cabe recordar que la ciencia como tal no existe, nadie la ha visto caminando por la calle. Lo que en realidad existe son hombres concretos que emplean un método, el “método científico”, para determinados fines.

Es allí donde no cabe la neutralidad axiológica. Si bien formalmente la ciencia es solo un método, es decir, una manera de interpretar para fines cognoscitivos la realidad y cuyo criterio último de verdad es la constatación experimental de las teorías formuladas y su formalización

algebraica, desde el punto de vista axiológico la ciencia es una acción humana sujeta, como toda acción humana, a normas éticas.

Pero en este caso específico, esta responsabilidad es aun mayor. Porque la ciencia no solo implica poder como es propio de todo saber, según aquello de que es más poderoso aquel que sabe algo que aquel que lo ignora. El conocimiento da más poder que la ignorancia. El objetivo del método científico no es solo interpretar las leyes por las que se rigen los procesos naturales, sino ejercer un dominio sobre la Naturaleza misma, como desde sus orígenes en la modernidad lo señalara Francis Bacon, quien dijo: “El hombre hace ciencia no tanto porque quiere saber cuanto porque quiere poder”. Detrás de todo acto de conocimiento hay una “voluntad de poder”, como lo afirmara Nietzsche y lo repite hoy día Foucault.

Sin embargo, quien más lúcidamente ha sentado las responsabilidades del hombre occidental en general, y de quienes ejercen cualquier forma de poder, ha sido Jean Paul Sartre, en mi opinión el moralista más lúcido e implacable del siglo XX. Para Sartre, el hombre está condenado a ser libre. Ser libre es no tener ningún punto de apoyo excepto nuestra acción misma. La libertad es un Absoluto, es decir, no hay nada detrás de ella; si así fuera, esto no sería libertad, porque libertad, para Sartre como para Nietzsche, es la capacidad que tiene el ser humano en exclusiva, de crear valores. Es lo que la metafísica atribuye tan solo a Dios. Desde su primera gran obra teatral, *Las moscas*, Sartre así lo señala. Para Sartre, como para Camus, el héroe mítico por excelencia es Orestes, quien desafía a Júpiter, su padre-dios, y se erige en dueño de su destino. Es lo que Kant, hablando de la Ilustración, llama “la mayoría de edad” a que ha llegado la humanidad en la Edad Moderna.

Es aquí donde se fundan las críticas de Sartre en *El ser y la nada* al psicoanálisis. No hay un subconsciente que nos maneje como marionetas. No hay un destino en el sentido griego, solo existe nuestra soledad existencial frente a la responsabilidad de asumirnos como enteramente libres, como padres e hijos de nosotros mismos. Somos enteramente responsables de nuestros actos; cualquier excusa que se

alegue para evadir responsabilidades no es más que “mala fe”. Detrás de una actitud neurótica lo que suele haber es una expresión refinada de mala fe, es decir, un intento para evadir responsabilidades, no solo frente a los otros, sino ante nuestra propia conciencia, ante nosotros mismos.

La conciencia posee la capacidad del desdoble, es reflexión y autorreflexión, capacidad de volver sobre sí misma, como lo afirma Sartre en una célebre página de su obra maestra *El ser y la nada*. La mala fe no es una mentira, ni un engaño. Porque la mentira y el engaño suponen al otro, es un acto intencional que se dirige hacia un interlocutor externo. La mentira es un acto de poder ejercido sobre los otros que no implica doblez de nuestra propia conciencia. Es una acción de disimulo, un ardid teatral que busca negar ante los otros lo que bien sabemos es la verdad. De la piel hacia dentro, se da el reino de la verdad, allí no hay engaño ni automentira. La mentira solo comienza cuando hablamos, cuando nos dirigimos hacia el mundo humano externo, de la piel hacia fuera.

La mala fe, por el contrario, es el intento de autoconvencernos, es la doblez dirigida hacia nuestra propia conciencia. Jean Ladrière define la mala conciencia como una contradicción entre los principios de la racionalidad como base de la autoapologética, y la acción práctica que la niega. Actuamos negando la verdad que se manifiesta en nuestra conciencia. Actuamos negando nuestros principios que, al mismo tiempo aparecen como evidentes ante nuestra razón práctica. Negamos lo que somos o pretendemos ser, pero lo negamos con nuestras acciones de modo que nuestro discurso que afirma los valores y principios reniegan de nuestras acciones, pero sirven de coartada para justificar esas mismas acciones. La razón se convierte en alegato ideológico, en retórica vacua, que busca no tanto convencer al otro, cuanto convencernos a nosotros mismos.

La razón se convierte en razones y estas en excusas, los argumentos en camuflajes y las evidencias son sustituidas o sirven tan solo de apoyo a los criterios de eficacia. Los fines se convierten en medios. La verdad se trata de ocultar y su ausencia o negación práctica se justifica por sus resultados inmediatos o en el reconocimiento de una simple impotencia. La finitud ontológica se

expresa no en una actitud crítica, sino en una fortaleza en la que nos refugiamos para autoafirmarnos y, desde allí, juzgarnos a nosotros mismos para autojustificarnos.

Eso es lo que ha llevado a muchos científicos a escudarse en los resultados de la ciencia, en la “ciencia pura”, o en afirmaciones como “yo en política no me meto”, o “estos recursos son necesarios para realizar otras investigaciones o promover causas justas y humanitarias en otros campos”; o decir que “de todas maneras todos los políticos son malos, el adversario lo es tanto o más que el gobierno propio”.

Lo grave de todo esto es que no se trata de convencer a los otros, sino de autoconvencerse. Detrás de todas estas concepciones que se han visto tradicionalmente desde el punto de vista únicamente ético y antropológico, hay según Jean-Paul Thomas, una causa epistemológica ligada, evidentemente, a razones antropológicas. Todo acto de conocer, afirma Nietzsche, no es tanto un acto de la razón cuanto de la voluntad; y todo acto de la voluntad no es más que un acto de autoafirmación del sujeto.

En cada acción humana hay un proyecto de vida, según Sartre en el conocido ensayo *El existencialismo es un humanismo*. Es decir, tiene una teleología y encierra una utopía, una dimensión mítica, pues busca construir la existencia como una proyección que se da un porvenir. Es desde el porvenir que el hombre actúa. Es en vista, no de lo que somos, sino de lo que pretendemos ser, lo que nos lleva al proceso de autojustificación. La razón, más que explicaciones analíticas del pasado, es una visión constructiva de universos por venir.

Toda esta dimensión de la existencia es lo que solemos encerrar en el concepto “Fe”. Hay incluso en la ciencia un acto de fe, en la medida en que hay un ingrediente constitutivo de la misma como acción. En cada uno de nuestros

actos construimos el futuro, exorcizamos la vida como destino y la planeamos en la dimensión de lo humano, es decir, ligada al reino de los fines, como diría Kant.

Por ende, en la actitud de mala fe se implica un rechazo a asumirnos como seres libres y, por ello mismo, responsables enteramente de nuestros actos, lo que implica un rechazo de la utopía, un negarnos a construirnos como seres capaces de asumirnos como creadores no solo de nuestro presente, sino sobre todo, de nuestro futuro. Nos negamos a tener un porvenir, a forjar un horizonte axiológico, a ver en la vida un llamado a crear y a crearnos, a ver en la acción tan solo un camino en cuyo panorama el aire que se respira solo se alcanza cuando se logran tocar las alturas de la libertad.

En última instancia, el científico que se subordina a los designios imperiales y somete sus investigaciones a las intenciones imperiales de sus fuentes de financiamiento, se niega a ser hombre, a asumirse como humano y a hacer del mundo un hogar habitable para todos, se convierte en un eunuco de una corte de sátrapas. Es por eso que en situaciones límites como las que hoy vive la humanidad, la suprema racionalidad solo puede expresarse en un grito de rebeldía.

Bibliografía

- Forum Diderot. *La bioéthique est-elle de mauvaise foi?* Paris : P.U.F, 1999.
- Ladriere, Jean. *L'éthique dans l'univers de la rationalité*. Québec : Catalyses, Artel-Fides, 1996.
- Sartre, Jean-Paul. *L'existentialisme est un humanisme*. Paris : Gallimard, 1976.
- _____. *Les mouches*. Paris : Gallimard, 1972.
- _____. *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada, 1966.
- Thomás, Jean-Paul. «La bioéthique á l'épreuve de la finitude». En: Forum Diderot, *La bioéthique est-elle de mauvaise foi?*, pp. 30ss.